

AMBROSIO

SUEÑOS IMPOSIBLES.

Emilio Marín Tortosa

¡Hola! Soy Ambrosio. Este no es mi nombre, pero yo con él me encuentro a gusto cuando me meto entre historias delirantes en mis sueños imposibles. Soy un viajero frustrado. Siempre he querido viajar, recorrer el mundo, pero siempre he perdido mi tren. Siempre recuerdo las palabras que me dijo un veterano viajero: “Hazme caso. Yo he recorrido medio mundo, y he comprobado que todos los viajes terminan en el mismo lugar: ¡Aquí y ahora!” Pese a esto, yo sigo planeando viajes, pero en sueños, claro.

¿Quién no ha querido alguna vez emprender un viaje hacia lo desconocido? Hacia ese lugar idealizado donde todo nos sonríe. Donde, al contrario que aquí, las cosas se hacen bien, a nuestro favor, donde podemos disfrutar de nuestra condición de ciudadanos de pleno derecho. Y existe. Fuera de aquí. Lejos. Al otro lado.

Yo, un día, quise emprender ese viaje, solo que todo se estropeó a última hora, y me quedé una vez más con las ganas de comprobar si aquello que nos contaban era cierto, era “La Verdad”. Todo estaba ya programado y nada podía fallar. Al menos yo, nosotros, porque aquí tenía compañeros de viaje, así lo pensábamos:



El pasaporte quema en mis manos. Después de tanto trámite, tanto interrogatorio, y tanto miedo pasado frente a uniformes, (gris, verde, azul,...) cuando llega a mis manos está ardiendo, (o son mis manos las que arden por la fiebre) Lo cierto es que todo yo alterna, helado, o enfebrecido

desde que llegó el correo con el Certificado de Penales. Era positivo, limpio, pero al leer el remitente: Ministerio del Ejército, me asusté. Aquel pasaporte, y el billete de tren que guardaba en la maleta, era la culminación de mucha meditación, y muchos planes hechos por mi grupo de amigos: un poeta, un obrero amargado, un soñador desesperado,... Planes para un viaje, un viaje que queríamos mantener en secreto, y que la llegada de la carta a la vista de todos podía complicarlo. Queríamos pasar “al otro lado”. Para ello habíamos montado una coartada que nos permitiría hacerlo: un contrato para trabajar en una famosa fábrica de coches. Cosa esta que hacían muchos jóvenes como nosotros y que a nadie podía extrañar. Solo faltaba cerrar la maleta, tomar el tren, y partir rumbo al sueño. Esa era nuestra utopía, mi utopía. Mañana tiene que ser el día.

La víspera está siendo una noche muy larga. Al fin los ojos entumecidos se rinden al sueño sobre las sábanas sudadas. Me despierta una enérgica sacudida de todo mi cuerpo. Abro los ojos desorientado. Todo aparece gris. ¿Dónde estoy? Estoy tirado en el suelo sobre la acera de una calle desconocida y desierta. Los árboles me parecen fantasmas. Desde una altura inusitada me miran unos ojos azules, fríos, de acero. Yo nunca había visto tan de cerca la negra boca del cañón de un fusil, ni tampoco la rigidez de aquel uniforme. Una orden en una lengua desconocida e intimidante, y dos uniformes me recogen del suelo y me conducen hasta un barracón de madera gris, gris, gris,...

Los ojos siguen siendo azules y fríos. La mirada, como un taladro, hace que mi cuerpo se afloje y ponga al descubierto la evidencia de mi miedo. Una gorra de plato alta, muy alta, con breve visera de charol negro, se acerca, y en un lenguaje que me sigue siendo incomprensible me interroga. Nada. ¿Cómo puedo contestar si ni siquiera tengo boca? Un puño enorme como una maza de batán irrumpe sobre mi cabeza lanzándome a un mundo gris, gris, gris,...

La celda también es gris. Los barrotes negros, negros, negros,... Detrás un largo pasillo y una hilera de guardias grises. Intento incorporarme. Mis piernas se mueven pero mi cuerpo no cambia de posición. Es como si estuviera metido dentro de una pelota dando vueltas que siempre me deposita sobre el suelo. Me detengo y todo a mi alrededor se para. Un uniforme lleno de estrellas ante mí, y yo ante él. Una enorme boca, (yo no tengo) me lanza una pregunta que sí entiendo: ¿A dónde vas desgraciado? No hay respuesta. ¿Cómo voy a contestar si no tengo boca? La pistola coloca su amenaza sobre mi frente. Dos truenos retumban en mi cabeza. Oídos sí tengo.

El chuzo del sereno golpeando los barrotes de mi ventana me despierta. Enciendo la luz. La habitación es mi habitación. Todo está en orden. Allí está la maleta, y en su interior el pasaporte y el billete de tren.

* * *

Ambrosio, como cada noche, se desviste, se cepilla los dientes, se lava los pies con esmero meticuloso, hace su baño de asiento, y se mete en la cama. Las sábanas, frías, limpias y estiradas, le reciben. En un reflejo de autodefensa se encoje con un ligero escalofrío debido al frescor que nota al entrar en contacto con la tela. El frío reina en el interior de la cama. Poco a poco su cuerpo se va esparciendo por las tersas sábanas, el calor que la vida da a los que todavía no están envueltos en un sudario, le va atemperando. (Sábanas, frío, sudario, muerte,... malo, malo,...) Los miembros se desentumecen. Primero, suspendido en el glamour del duermevela, es un pie el que busca el frescor en el límite de la cama, luego el otro le sigue, después los brazos, y por último todo el cuerpo se relaja en una danza sensual sobre el perímetro blanco.

La mente se esfuerza por no flotar sobre el algodón del sueño tranquilo antes de ser engullido por las tinieblas del subconsciente. Quiere disfrutar del ensueño, (viajes que provocamos en



la antesala del sin ser,) y recorrer paisajes desconocidos, que no dejan de ser, al final del trayecto, proyecciones de su propio yo, de sus anhelos truncados, de sus deseos frustrados, de sus fracasos; más allá del rectángulo que delimita la puerta de su dormitorio donde reina la oscuridad y es frontera con la realidad. Comienza un repaso al día a día.

Y es que a Ambrosio, la realidad le da miedo. ¿Qué es la realidad? Su realidad, nada. Una sucesión de rutinas. Un día tras otro día. Siempre un mismo color. Y un futuro desconocido, que por serlo le asusta. Y las mañanas, sus mañanas, caminan sobre el borde de un acantilado. A pesar de saber qué sucederá en cada minuto siguiente, siente la angustia de lo por venir. En cualquier momento puede ocurrir. Una novedad. Algo nuevo puede llegar y le puede pillar desprevenido. ¿Qué puede hacer ante la presencia de algo novedoso? ¿Cómo reaccionar? ¿Qué credenciales podía presentar ante lo desconocido? ¡Siempre la misma inquietud! ¡Siempre las mismas preguntas! ¿Qué hacer?

Y es que Ambrosio no aprende. Cada mañana, al despertar, desorientado por la incertidumbre de no saber si las sensaciones que todavía conserva de lo vivido durante el sueño es eso, un sueño, o es su realidad que vive en una dimensión distinta a su mecánico vivir un día y otro. No está seguro. Sin embargo, con movimientos precisos, fruto del mucho repetir y repetir, va componiendo la liturgia de cada día: Sabe dónde está el aseo, sabe qué grifo le da el agua precisa, sabe dónde la ropa, donde el calzado, donde el picaporte que abre la puerta, sabe, sin contar, los escalones que le conducen a la planta baja. Sabe dónde está el hogar a cuyo regazo se acoge cada mañana. ¿Dónde está allí lo desconocido? ¿Por qué esa inquietud? Todo ello es su miedo. Miedo a que cuando traspase el dintel, y aterrice en el asfalto de las calles, lugar de todos y de todo, no pueda controlar el discurrir de los minutos. Su reloj solo tiene minuterero. Su tiempo no va más allá de esa medida. Aquel no es su coto privado. ¿Y si al caminar a su espalda todo se diluye y desaparece? ¿Y si no encuentra el camino de regreso? ¿Dónde se repetirá? ¡Angustia!

Ambrosio se queda sentado sobre el bordillo de la acera delante de la puerta de su casa. Allí está seguro. Quien anda calle adelante en busca de la rutina de cada día es una proyección de sí mismo. Es su otro yo. Ese que construye fábulas en el duermevela antes de rendirse a la total oscuridad. Ese que no le deja conocer cuál es su realidad. Una realidad, que, sea la que sea, le da miedo. Suena el despertador. ¿Qué sucede?

* * *

Llega la noche. Otra noche más, solo que hoy Ambrosio quiere dominar sus sueños. Está decidido a decir a su subconsciente que es lo que tiene que ocurrir en su sueño. Quiere, ya que su otra vida, su otro yo, vive su vida en sueños, y puesto que lo que sucede durante sus noches le afecta de manera tan grande, él quiere tener algo que decir en ello. Esta noche sus sueños serán los que él quiera. Esta noche hará el viaje que siempre ha querido hacer.

Y esa noche Ambrosio arrima su cama a la ventana. A través de ella, el panorama le muestra un horizonte sin más límite que el que marca la unión de las lejanas montañas con el firmamento. Sin embargo él ahora sí puede prolongarlo hasta donde su fantasía le permita, a fin de cuantas esa noche es su mente racional, anteponiendo a su subconsciente, quién manda. La obediencia es pues obligada.

Ambrosio esta noche quiere hacer un viaje, sí, pero ¿qué viaje? Repasa en sus recuerdos aquellos lugares que le gustaría visitar, y no se decide por ninguno de ellos, cuando uno parece que sujeta sus preferencias, acude otro recuerdo que le roba su atención. Así van pasando las horas de

aquella noche especial sin que se decida por qué ruta seguir. El esfuerzo agota sus fuerzas y al fin se duerme sin conseguir su objetivo.

Durante el sueño, su otro yo proyecta una película de viejos sueños, y su inconsciencia inconformista se lo permite. ¡Puñetera! Y es que en momentos de crisis, y este lo es, su otro yo, el de los sueños, se enfrenta a él. Se produce una disonancia, entre el subconsciente que guía los sueños y



su voluntad cobarde, presa de ese duende que vaga por su interior sin licencia previa de su personalidad simple. Nunca pacta esos viajes por los sueños viejos a pesar de conocer su deseo de vivir el viaje de su vida. Y esos sueños viejos, lejanos, a veces extraños, le hacen pensar que no son propios si no recuerdos de

otro protagonista. Luego se extraña de que su otro yo, puñetero e intruso, se apodere de sus sueños.

Sin embargo, esta noche, pese a las renunciadas, el duende, como un genio misterioso, parece dispuesto a satisfacer sus deseos, y quiere llevarle a un viaje. No va a ser el de su preferencia, pues aún no ha decidido cuál es su destino favorito, pero si será un sueño de fantasía donde él, pobre en inventiva, podrá colmar el ansia de vivir en sueños otra vida. A lo lejos, sobre el perímetro de la ventana, se revela el resplandor de una luz. Una luz que le atrae, le llama, y le engulle por el túnel iluminado de su fantasía, y le deposita sobre el andén ante el tren que le llevará no sabe dónde, con un equipaje virgen.

* * *

El cuerpo está lacio sobre las blancas sábanas. El cansancio por el viaje ha sido tal que Ambrosio siente como si alguien le descortezara el cuerpo, como hacen con los árboles del caucho, y se convierte poco a poco en virutas de algodón. Unas manos fuertes le arrastran hacia el interior del colchón. El subconsciente, su otro yo, está despierto y comienza el baile. Ya no sabe si sueña o no, si ya ha llegado a algún destino o no, si está acostado en una cama o todavía duerme en el vagón del tren. Al parecer el viaje no había terminado. Ni siquiera sabe si había comenzado. No recuerda haber subido a tren alguno, sin embargo, la sensación es de viajar sobre el trepidar de raíles que desaparecen bajo sus pies devorados por una enloquecida locomotora. ¿O es el latir de su corazón? ¡Mi subconsciente me ha vencido!

* * *

Es otra noche y retorna el viaje. Ahora tiene ante sí una carretera. Un nuevo medio de transporte, y un destino desconocido dentro de una oscuridad total, y ausencia de otros vehículos o personas. Rodamos, él y yo una sola persona, por una ciudad fantasma. No hay señales de vida, solamente alguna luciérnaga en medio de la oscuridad deja indicios de lugar habitado, pero ninguna muestra de vida llega hasta mí. ¿Dónde estoy? Oscuridad, oscuridad y silencio. Tengo la sensación de viajar por la nada. ¡Y estoy solo! El vehículo se detiene en medio de una explanada desierta, solamente la pueblan sombras de un gris cambiante. Una ciudad desierta en toque de queda llena de sombras huidizas como fantasmas. Gris, gris, todo un gris descolorido que parece otro color. O tal vez otro color ajado que semeja gris. Pinceladas de un verde mustio. Olor a vegetación putrefacta, a sótano mal ventilado. Tristeza. Tristeza. Esa tristeza que siempre pone dentro de mí lo desconocido. Extrañeza e ignorancia. Los posibles habitantes de esta especie de ciudad, deben estar escondidos en las colmenas que se adivinan a un lado y otro del camino, obligados por algún mal desconocido a enclaustrarse durante la noche. Este mundo me es desconocido, he perdido el control de la nave, y este no es el destino deseado. De pronto los faros del coche iluminan el horizonte, y no reconozco nada. No es aquí a donde yo quería ir, viajo hacia un lugar equivocado. La canción de siempre.

Los soldados han vuelto. Están ante mí con sus uniformes rígidos, grises, y atemorizantes. Tengo las manos atadas a la espalda, y los pies pegados al suelo. Me empujan. Me llevan hacia uno de aquellos soldados cubierto de medallas con uniforme, con gorra, y una boca negra como la de un ogro. La desdentada boca se relame dispuesta a tragarme. El montacargas se balancea, y suena a engranajes desgastados. Se detiene. Se abre la puerta de una celda y me empujan dentro. Quedo tendido sobre un jergón. Estoy cansado. Dolorido. Casi siento alivio, cuando los carceleros me golpean hasta diluirme y desaparezco por el negro agujero del desagüe.

Al final del agujero hay luz. Amanece. Es medio día. Las pocas horas que quedan de la jornada Ambrosio las dedicará a una agenda tranquila: comer y poco más. Necesita recuperarme de un viaje tan fatigoso, y de su desilusionante final en aquella ciudad desconocida. ¿Tan desgraciada es su realidad, que ni aún en sueños consentidos puede vivir mi viaje? Pero la noche llegará, y su subconsciente le devolverá a aquel disparatado viaje. ¡Y tengo que estar preparado! La noche anterior ha sido muy larga y pesada, la falta de sueño se hace notar en su resistencia. Al fin, tras una anodina jornada en un trabajo estéril, los ojos entumecidos

sucumben. Todo está en orden. Relajación y sueño. El cuerpo cae nuevamente sobre las sábanas.

* * *

.- ¡Basta! ¡Basta! ¡No quiero dormir! ¡No quiero dormir más!

Esta afirmación suena débil. La noche llega y él no lo puede evitar, y con ella el sueño, y con el sueño las pesadillas. Ambrosio no sabe si desea huir de esto. Siente que cada vez lo soñado va formando parte de su vida consciente, o tal vez el subconsciente sea su verdadero yo, ya que ese yo, que creo es el mío, proyecta películas viejas. Y en el trabajo le confunde con un fantasma. Todo ronda en mi cabeza mientras me visto para ir al trabajo. Allí sí que hay lobos que muerden de verdad. La competencia enfría cualquier relación. ¡Hay que vender! ¡Más! ¡Más! La depresión recorre la espalda de los empleados. ¿Hasta cuándo resistiré? ¡Que venga la noche! Y la noche llega.



El tren se detiene en la frontera. Hay que visar el pasaporte. Toma la maleta y baja del vagón. En el andén se está formando una larga cola que llega hasta la caseta donde un funcionario hace trabajar el cuño que da el visto bueno al pasaporte. Ambrosio busca en el bolsillo su pasaporte. No lo encuentra. Con mano agitada busca en todos sus bolsillos. ¡Nada! ¡El pasaporte no está! Sale de la cola, busca un lugar donde pueda abrir la maleta pues allí dentro debe estar. Sobre una deteriorada mesa de madera deposita la maleta. Va a abrirla, la cerradura se resiste, forcejea y no ve la manera de abrir la maleta. En esto está cuando un guardia se acerca a él.

.- ¿Tiene algún problema?

Ambrosio no sabe que decir. Está muy nervioso. Su silencio resulta sospechoso, cosa muy peligrosa en una frontera y frente a un policía.

.- ¡Tome la maleta y sígame!

Ambrosio anda tras el policía. No sabe qué puede haberle pasado a la maleta que no ha podido abrirla. Por una puerta entran en un barracón.

.- ¡Ponga la maleta sobre esa mesa!

Ambrosio hace lo que le dice. En guardia, toma una palanqueta y fuerza la cerradura. La maleta queda abierta. El guardia retira las primeras prendas de ropa y descubre lo que guardan bajo ellas.

.- ¿Qué es esto?

Ambrosio con sorpresa mira la maleta. Bajo la ropa hay un montón de papeles. No entiende nada. En el trasiego de tanta gente en el tren no se ha dado cuenta que la maleta que él ha bajado del vagón no era la suya. Alguien debe de haberse equivocado y su maleta está en otro lugar en manos de un desconocido.

.- ¡Esta no es mi maleta!

Mientras el guardia ha tomado aquellos papeles y su cara refleja un repentino enfado.

.- Esto son panfletos. ¡Tú eres un revolucionario! ¡Un agitador!

.- ¿Yo señor guardia?

.- ¡Sí tú!

.- Pero yo...

.- ¡Calla!

Una de los funcionarios le cuelga al cuello un cartel con una leyenda: Bladis Dimof, destino: las minas. Le pone unas esposas y le empuja fuera del barracón.

El paisaje es blanco y negro. Hay poca luz y el suelo es de tierra prensada con grandes torrenteras hechas por el agua de lluvia. El firme es un tobogán por el desnivel. Habrá mucho barro en el invierno. Todo aparece antiguo, viejo y deslucido. Aquello era una fortaleza amurallada de la época de los Cruzados que sirve de campo de concentración en tiempos de guerra como aquellos. Los uniformes de los guardias ya no se ven tan marciales. Los edificios, los guardias, los desorientados viajeros retenidos parecen sacados del escenario de una película de terror o de ciencia ficción.

La fila de internos es interminable. Como una legión de famélicos legionarios, apretujados, luchan bajo un intenso aguacero, chapoteando sobre el barrizal, en busca de la nauseabunda bazofia que hoy con el agua de lluvia será más aguada. Esa será, para quien la consiga, la única comida de ese día. El gris de los uniformes ensucia la espesa nube que forma aquella marea humana. Cada uno de los infortunados lucen un cartel con un número que le identifica una vez perdida su condiciona humana. Los guardias pronto se cansan de soportar el aguacero, y hacen que los repartidores retiren las calderas de comida todavía a medias de repartir. ¡Mañana será otro día! Los que quedan sin comida dan comienzo a un

lamento colectivo. Un coro de voces afónicas de tanto repetir el lamento, pone sonido de trueno a aquella desmayada tormenta.



Continúa